Tr. by Francisco Lombardi

LA COMEDIA SEMANAL

Otelo ó el Moro de Venecia.

DRAMA EN CINCO ACTOS
DE
SHAKESPEARE



NÚMERO 33.—25 CÉNTIMOS

13

Casa editorial de "La Ultima Moda,,

BIBLIOTECA DE "LA ULTIMA MODA"

Arte de elegir marido, por Pablo Mantegazza.—Traducido del italiano por Mario Lara.—Parte I.—1. La niña se transforma en mujer.—2. Libros y fantasmas.—Sueños y realidad.—3. El primer amor.—4. Sigue la correspondencia.—Dos nuevos pretendientes.—5. El dilema y el trilema.—Consultas.—Parte II.—1. Consejos de un padre.—El marido tiránico. El marido débil. El marido celoso. El marido gruñón. El marido avaro. El marido libertino. El marido imbécil. El marido holgazán.—2. Las profesiones con relación á la felicidad conyugal.—El marido negociante. El marido banquero. El marido propietario. El marido artista. El marido ingeniero. El marido médico. El marido abogado. El marido literato. El marido sabio. El marido político. El marido militar.—3. Observaciones y reflexiones.—4. Diplomacia matrimonial.—Parte III.—Conclusión.—Precio: 3 pesetas.

Retratos de mujeres, por Julio Nombela.—Serie 1.ª *El bello ideal del matrimonio, Mater Dolorosa, El primer millón.* Un tomo.—Serie 2.ª *El coche del diablo.* Un tomo.—Serie 3.ª *La dicha de un desdichado, El vil metal, La novela de una joven contada por cuatro trajes.* Un tomo.—Serie 4.ª *La piedra filosofal, El pícaro mundo, La riqueza del pobre.* Un tomo.—Serie 5.ª *Los Indianos, La mujer de los siete maridos.* Un tomo.—Serie 6.ª *El cuarto mandamiento, Un aderezo de brillantes.* Un tomo.—Serie 7.ª *Historia de un minuto, Dos casos de amor.* Un tomo.—Serie 8.ª *El secreto de la vida, La mina de oro.* Un tomo.—Precio de cada tomo: 3 pesetas.

El Amor Propio, por Julio Nombela. Un tomo.—Precio: 3 ptas.

El señor de Pérez, por Mario Lara. Un tomo.—Precio: 3 ptas.

El Abogado Consultor de la Mujer. Derechos y deberes de la mujer española, según la vigente legislación civil, penal y administrativa, recopilados por D. José del Castillo y Soriano. Esta obra forma un tomo de 384 páginas. Contiene al final un Indice alfabético que facilita la rapidez de las consultas y un *Formulario* de los documentos oficiales que la mujer puede verse en el caso de tener que utilizar.—Precio de la obra: 5 pesetas.

Arte de vivir mucho tiempo, por el Dr. Alegre.—Es un sencillo, interesante y completo tratado de higiene.—Precio: 1 peseta.

Arte de embellecerse, por Juan de Madrid.—Contiene las nociones necesarias para vestir con arte y elegancia.—Un tomo: 2 ptas.

La casa donde habitamos.—Tratado de la disposición y ornato de las casas. Un álbum de 88 páginas con 70 grabados.—Precio: 2 ptas.

Elementos de Higiene, por D. B. A Mut.—Precio: 1 peseta.

Curso teórico práctico de bordado sobre etamine ó tela cruda.—Un cuaderno con 39 grabados.—Precio: 2 pesetas.

Curso de bordado de oro.—Un cuaderno con 82 grabados.—Precio: 3 pesetas.

Album de confidencias.—Un cuaderno con 27 preguntas.—Precio: 0,25 pesetas.

AUTORES CÉLEBRES

Colección de libros que tiene por objeto contribuir á la cultura general, reuniendo en cada uno de sus volúmenes la biografía de un autor de universal celebridad, nacional ó extranjero, antiguo ó moderno; el análisis de sus obras y los fragmentos más notables de las mismas.

VOLÚMENES PUBLICADOS

Espronceda, por Antonio Cortón.—**Goethe,** por Firmery.

Larra (Fígaro), por J. Nombela y Campos.

Precio de cada tomo: En España, 2 pesetas.

En Portugal, 500 reis.—En el resto de Europa, 3 francos.

SHAKESPEARE

OTELO Ó EL MORO DE VENECIA

DRAMA EN CINCO ACTOS



MADRID
Casa editorial de "La Ultima Moda,,
Velázquez, 42, hotel.

La nueva versión al castellano que publicamos de esta obra ha sido hecha por don Francisco Lombardía, y es propiedad de esta Casa Editorial.

1909.—Imprenta particular de La Ultima Moda.—Velázquez, 42, Madrid.

Guillermo Shakespeare nació en Strat- ›rd-sur Avon (Inglaterra) el 26 de Abril ; 1564 en el seno de una familia cuyo ·fe ejercía la doble pro- ;sión de agricultor y ›merciante. El célebre ıtor dramático fué el ›rcero de los ocho hi- ·s que constituyeron la .milia. A los siete años gresó en una escuela, ı la que además de las ·imeras letras se ense- ıba el latín y algo de ·iego, y á ella asistió ısta que arruinado su ıdre, se vió en la ne- ;sidad de ganarse la da como maestro de ;cuela, dicen unos de ıs biógrafos, y como ozo de una carnece- a, según afirman ros. A los diez y ocho ios se casó con una ujer que contaba vein- ;eis, de la que tuvo es hijos, dos de ellos gemelos. Perse- ıido por haber cazado en coto ajeno, se ó obligado á huir de su ciudad natal, trasladándose á Londres, donde desempeñó los más humildes oficios en los teatros, que por entonces estaban en todo su apogeo. Al fin pudo lograr formar parte de una compañía de cómicos, y dando rienda suelta á su genio, escribió las comedias y los dramas que le conquistaron el aplauso de sus contemporáneos y más tarde la fama universal de que goza su nombre. Algunos años antes de su muerte, acaecida el 22 de Abril de 1616, el mismo día y año en que murió Cervantes, regresó á Stratford con algunos ahorros y allí permaneció haciendo una vida ordenada y pacífica. Sus obras son harto conocidas y unánimemente admiradas. *Otelo ó El Moro de Venecia*, que reproducimos á continuación, es una de las más célebres é interesantes.

SHAKESPEARE



OTELO Ó EL MORO DE VENECIA

'ERSONAS: DESDÉMONA. EMILIA. BLANCA. OTELO. YAGO. CASIO. BRABANCIO. EL DUX DE VENECIA. GRACIANO. RODRI-). LUDOVICO. MONTANO. Dos senadores. Oficiales, caballeros, marineros, etc.****

ı acción del primer acto pasa en Venecia: la de los cuatro restantes en un puerto de la isla de Chipre.

ACTO PRIMERO

ı escena representa una calle de Venecia.

ESCENA PRIMERA

)DRIGO, YAGO, después BRABANCIO

ıGO Despréciame, si no es cierto. Tres senadores le han encarecido que me ascendiese, pero él les ha respondido con evasivas, diciendo que ha nombrado ya su teniente á Miguel Casio, un florentino, un necio, capaz de bajar á los infiernos por defender á una bella, pero que no sabe mandar un escuadrón y que nunca ha vivido entre soldados... Dime ahora si tengo motivos para aborrecer al Moro.

ROD. En tu lugar, yo no seguiría á su servicio.

YAGO Estoy todavía á sus órdenes para poder vengarme de él. Al servirle me sirvo á mí mismo. Te juro que si yo fuese el Moro, no querría tener un Yago en mi compañía.

ROD. ¡Qué felicidad la de ese salvaje si logra su intento!

YAGO Grita hasta que se despierte el

padre de Desdémona... Persigue á Otelo... Arma contra él á todos los parientes de la joven robada... Procuremos á todo trance amargar el júbilo que debe embargar en estos momentos su alma.

ROD. Ahí vive el senador Brabancio... Voy á llamarle .. (*Gritando.*) ¡Brabancio!... ¡señor Brabancio!

YAGO (*Gritando también.*) ¡Despertad!... ¡levantáos!... registrad vuestro palacio... ved si está en él vuestra hija!.., ¡Ladrones!... ¡ladrones!

ROD. (*Asomándose á una ventana.*) ¿Qué sucede? ¿á qué vienen esos gritos?

YAGO Señor, acaban de robaros vuestra hija... Mandad que toquen la campana de alarma para que todos los vecinos acudan á detener al raptor.

ROD. ¿No me conocéis?... Soy Rodrigo.

BRA. ¡Maldito seas! ¿No te he prohibido que rondes mi casa? ¿No te he dicho que mi hija nunca será tuya? ¿Por qué, insensato, turbas mi reposo? !Por quien soy, que te has de arrepentir de tu hazaña!

ROD. Señor, moderad vuestro lenguaje. Mirad que mis intenciones son sanas y honrada mi voluntad.

YAGO Venimos á prestaros un servicio inmenso y nos insultáis... ¿Quereis unir vuestra hija á un caballo de la Arabia?...

BRA. (*Iracundo.*) ¿Quién es ese infame deslenguado?

ROD. Acepto en absoluto la responsabilidad de mi conducta, pero os lo repito: vuestra hija ha sacrificado á estas horas, á un miserable africano, sus deberes, su belleza, su honra y su porvenir. Buscadla en su habitación, por toda la casa y si la hallais, entregadme á la justicia por haber calumniado á Desdémona.

BRA. (*Retirándose de la ventana.*) ¡Oh! temo que sea cierto lo que acabo de oir: esta noticia parece corroborar mi sueño de esta noche...

YAGO Adiós. Sería peligroso que os sirviese de testigo contra el Moro. Estoy seguro de que, á pesar de este incidente, el Senado no podrá prescindir de la espada de Otelo, á quien acaba de confiar la dirección de la guerra de Chipre... Difícilmente se encontraría otro general que le reemplazase .. (*Pausa.*) Si quereis dar con él, buscadle en la *Hostería del Sagitari*[o]. Adiós. (*Vase. Al mismo tiempo s*[a]*len de la casa Brabancio y vari*[os] *criados que llevarán antorchas*

BRA. ¡Mi hija se ha fugado, deshonra[n]do mi ancianidad!... ¿Dices que l[a] has visto con el Moro?... ¿Cóm[o] habrá podido salir?... ¡Ah, padre[s] no os fieis de vuestras hijas, au[n]que parezca que son muy buen[a]s y sumisas! ¿Dónde la encontrar[e]mos?

ROD. Seguidme.

BRA. Marchemos. Sabré agradecer [y] recompensar tu comportamient[o]. (*Vanse. Mutación.*)

Otra calle de Venecia

ESCENA II

OTELO y YAGO.

YAGO Aunque estoy avezado á los ho[]rrores de la guerra, no me atrev[o] á cometer un asesinato premed[i]tado. He estado varias veces [a] punto de atravesar su corazón co[n] mi daga.

OTE. Vale más que no lo hayas hecho.

YAGO Sin embargo, hablaba de vos e[n] términos tan injuriosos, que h[e] necesitado contenerme mucho pa[]ra no matarle...

OTE. Déjale desahogar su cólera.

YAGO Pero, os perseguirá con saña im[]placable. Bien sabeis que es ca[si] tan influyente como el dux.

OTE. No importa: los grandes servici[os] que he prestado á la Repúblic[a] reducirán al silencio más profu[n]do sus quejas. Ignórase todaví[a] pero yo lo haré saber á todos e[n] momento oportuno, que proced[o] de estirpe real: mi nacimiento, si[n] hallarme investido de la dignida[d] senatorial, no es inferior á la el[e]vada posición que me he conqui[s]tado... Te juro que, á no ser po[r] el amor que profeso á Desdémon[a] jamás habría consentido esclav[i]zarme á ningún señor, ni bajo ni[n]guna bandera. Siempre hubier[a] vivido, como hasta aquí, libre [é] independiente... Mira quien s[e] acerca... (*Sale por el fondo Casi*[o] *seguido de varios soldados co*[n] *antorchas.*)

ESCENA III

OTELO, YAGO, CASIO y soldados.

CAS. General, el dux os saluda, rogándoos que vayais inmediatamente á Palacio.
OTE. ¿No sabeis que desea?
CAS. Según creo, se han recibido noticias muy urgentes de Chipre... El Consejo está reunido ahora en el palacio del dux, y ha preguntado varias veces por vos.
OTE. Esperadme. Vuelvo enseguida. (*Vase.*)
YAGO Por mi vida, que si sale con bien de esta empresa, ha asegurado su porvenir.
CAS. No os comprendo.
YAGO El general se ha casado esta noche.
CAS. ¿Con quién?
YAGO Con... (*Interrúmpese viendo salir á Otelo.*)
OTE. Capitán, cuando gusteis.
CAS. Ved otros que también os buscan. (*Salen Brabancio, Rodrigo y varios soldados con antorchas.*)

ESCENA IV

OTELO, YAGO, CASIO, BRABANCIO, RODRIGO y varios soldados.

YAGO (*A Otelo.*) Es el senador Brabancio... Retiraos porque no viene con buena intención.
BRA. Infame raptor ¿dónde has ocultado á mi hija? Debes haberla hechizado: de otro modo es imposible que una joven tan recatada y pudorosa, que ha rechazado las pretensiones de los caballeros más nobles y más ricos de Venecia, se fugara de la casa paterna con un mónstruo como tú, nacido para asustar y no para agradar... Es necesario que para seducirla, hayas empleado maléficos encantos... Te prendo, pues, como corruptor, que ejerce una profesión penada por la ley. (*A los soldados.*) Apoderaos de él.
OTE. Deteneos... (*A Brabancio.*) ¿Dónde debo ir para responder á vuestra acusación?
BRA. A la cárcel hasta que, transcurrido el plazo legal, comparezcas ante los tribunales.
OTE. Os advierto que el dux me espera en estos momentos para consultarme ciertos negocios de Estado.
CAS. Es cierto, el dux está presidiendo el Consejo...
BRA. (*Interrumpiéndole.*) ¡Cómo! ¿A estas horas está reunido el Consejo?... Vamos allá... Estoy seguro de que mis nobles colegas de Senado protestarán del ultraje que he recibido... ¡Oh, si semejantes actos quedaran impunes, en breve nos veríamos gobernados por nuestros propios esclavos! (*Mutación.*)

Una cámara del palacio del dux.

ESCENA V

El DUX y los senadores sentados en torno de una mesa. Dos oficiales guardan la puerta.

DUX. Noticias recibidas recientemente anunciaban que una gran flota turca se dirige hacia Chipre... Pero, hace poco acaba de comunicarme un mensajero del señor Angelo, que la escuadra sarracena amenaza la isla de Rodas... ¿Qué opinais de este cambio?
SEN. Que es una pura estratagema para distraer hacia otra parte nuestra atención... Es innegable que ellos no codician á Rodas, sino á Chipre.
DUX. ¿Está en Venecia Marcos Luchessí?
SEN. Actualmente se encuentra en Florencia.
DUX Escribidle que venga sin pérdida de tiempo.
OFI. Señor, aquí llegan el senador Brabancio, y el valiente Moro. (*Salen Brabancio, Otelo, Yago y Rodrigo.*)

ESCENA VI

El DUX y los senadores: BRABANCIO, OTELO, YAGO y RODRIGO; y oficiales.

DUX Sed bien venidos. (*A Brabancio.*) Noble señor, ¿qué os sucede?... En vuestro rostro se refleja la ira que debe conmover vuestra alma...
BRA. Me han robado y seducido á mi hija, narcotizándola con drogas y filtros comprados á hechiceros.
DUX Aunque el culpable fuera nuestro propio hijo os respondo de que la ley caerá sobre su cabeza...

BRA. El raptor es este africano (*Señalando á Otelo*) á quien, según parece, habéis llamado para un asunto de Estado.

DUX (*A Otelo*) ¿Qué respondéis á esa acusación?

OTE. Es cierto que he robado la hija de este anciano, pero sabed que tambien me he casado con ella. Mi rudo lenguaje se halla poco habituado á las fórmulas pacíficas. Desde la edad de siete años hasta hoy, sólo he vivido en los campamentos: apenas puedo hablar más que de la guerra... Sin embargo, me defenderé, contándoos la historia de mis amores, para que veáis cuales han sido los sortilegios, cuáles los conjuros y cuál el poder mágico de que me he valido para rendir el corazón de la bella Desdémona .. Entre tanto, enviad á buscarla á la *Hostería del Sagitario*, para que, en presencia de su padre, declare cual ha sido mi conducta con ella. Si sus palabras me condenan, despojadme de todos los honores que me habéis concedido y, si lo creyérais justo, sentenciadme á morir.

DUX (*A los oficiales.*) Conducid aquí al punto á Desdémona. (*Vanse los oficiales.*)

OTE. (*A Yago.*) Acompáñales tú que conoces perfectamente el camino. (*Vase Yago.*) Ahora, os referiré como ha llegado á ser mi esposa esa mujer adorable. A instancias del noble Brabancio he narrado mil veces á Desdémona las aventuras que constituyen la historia de mi vida. Primero le contaba porque milagrosas circunstancias había logrado escapar de la brecha mortífera y como caí bajo el poder de un enemigo feroz. Después le pintaba mi triste condición de esclavo y mi rescate. Más tarde vinieron las relaciones de mis viajes, en las que le describía los antros profundos, los áridos desiertos, las lóbregas cavernas, las rocas y las montañas cuyas cimas se pierden en las nubes. Otras veces le hablaba de los caníbales, de los antropófagos y de los monstruos humanos. Desdémona, en su afán de no perder una sóla de mis palabras, inclinábase hacia mí, séria y pensativa. ¡Oh, más de una vez hice brotar las lágrimas de sus ojos, con el relato de la desventuras que sufrí en mi juventud! En cierta ocasión memorable afirmó que mi vida era conmovedora, maravillosamente conmovedora: que desearía no haberla conocido y que, sin embargo, pedí al cielo que la uniese á un hombre como yo. Después de darme repetidas gracias, me rogó que si sabía que alguno la amaba, le enseñase á contar mi historia, pues ese sería el único medio de conquistar su amor. Entonces me declaré á ella: Desdémona me ama por los numerosos pèligros que he corrido; yo la adoro, porque ha tenido piedad de mis desdichas. He aquí los únicos sortilegios que he empleado para enamorarla... (*Salen Desdémona, Yago y los oficiales.*)

ESCENA VII

Dichos, DESDEMONA y YAGO

DUX Ese relato habría conmovido también el alma de nuestras hijas

BRA. Escuchemos lo que ella va á decir. Si confiesa que le ama, no seré yo quien reconvenga á ese hombre.

DUX Noble padre, hasta este momento habeis sido árbitro de mis deberes; os debo la vida, pero ahora ved aquí á mi esposo, á mi señor..

BRA. (*Interrumpiendo.*) No hablemos más del asunto. (*A Otelo.*) Te doy con todo mi corazón á la que con toda el alma quisiera arrancar de tus brazos si ya no fuese tuya.. (*A su hija*) Y tú, ángel de cordura, mi espíritu se alegra de no tener otro hijo, pues vuestra lección me habría enseñado á tiranizarle. (*Al dux.*) Ahora, señor ocupémonos de los negocios de Estado.

DUX Permitid que os recuerde una máxima que calmará vuestra ira porque expresa vuestros verdaderos sentimientos. Llorar por un mal pasado é irremediable es el medio mejor de atraerse otro nuevo daño. Cuando el hombre no puede evadir los golpes del infortunio, la paciencia es el único procedimiento para arrostrar sus rigores: el robado que se ríe, roba al ladrón; pero el que se entrega

á la desesperación, se roba inutilmente á sí mismo.

BRA. En ese caso dejemos al Turco que nos despoje de Chipre: no habremos perdido la isla, mientras que podamos reirnos. Buenas son las máximas cuando nos proporcionan el consuelo de que habemos menester; pero cuando no se puede oponer al dolor más alivio que una estéril y cobarde paciencia, entonces las máximas y el pesar forman una doble carga. Las palabras no son más que palabras: nunca creeré que, oyéndolas, se consuele un corazón atribulado... Pero os suplico que tratemos de los negocios que interesan á la República.

DUX El Turco bloquea con una escuadra formidable á Chipre. Otelo, vos conoceis perfectamente esa plaza y debeis aprestaros á marchar en su auxilio.

OTE. La costumbre, tirana de nuestra naturaleza, me ha enseñado á dormir, como en un lecho de blanda pluma, sobre el campo de batalla. Parto, pues, á pelear contra los turcos, pero suplico humildemente al Senado que se digne velar por mi esposa...

DUX ¿Os place que viva en casa de su padre?

BRA. No creo que sea lo más acertado.

OTE. Ni yo.

DES. Amo bastante á Otelo, para dejarle marchar sólo á la guerra. A su heroísmo guerrero he consagrado mi corazón y mi porvenir.

OTE. Os ruego, señores, que accedais á sus deseos. No temais que yo pueda descuidar mis graves é importantes deberes porque esté á mi lado: si tal hiciere, que mi nombre sea escarnecido con los ultrajes más afrentosos.

DUX Que os acompañe, pero partid esta misma noche. Sólo la energía y la prontitud pueden conjurar el peligro... (*A Otelo.*) Ahora dejad aquí un oficial para que os lleve mis órdenes. (*A los senadores.*) Mañana á las nueve volveremos á reunirnos.

OTE. Si os parece, se quedará aquí mi alférez, hombre de toda mi confianza.

DUX Perfectamente. Que el cielo os guarde. (*Vase con los senadores.*)

SEN. (*Al salir.*) Adiós, Otelo, tratad bien á Desdémona.

BRA. No la pierdas de vista: la que ha engañado á su padre, podrá engañar tambien á su marido. (*Vase.*)

OTE. (*A Yago.*) Desde este momento, te confío á mi Desdémona. Dispón que tu mujer la acompañe constantemente: tan pronto como sea posible, condúcelas á Chipre. (*A Desdémona.*) Ven, esposa mia; antes de partir, deseo hacerte algunas confidencias. (*Vanse los dos*)

ESCENA VIII

YAGO y RODRIGO

ROD. Estoy desesperado... Voy á matarme...

YAGO ¡Que necedad! Antes que perder la vida por el amor de una bella mujer, pensaría en cambiar mi condición de hombre por la de un mico.

ROD. ¿Qué debo hacer? Me avergüenzo de mi amor hacia Desdémona; pero me falta la virtud necesaria para arrancarlo de mi corazón.

YAGO ¡Virtud! ¡pura quimera! En nosotros mismos tenemos cuanto necesitamos para ser felices ó desdichados. Todo es efecto de la voluntad... (*Pausa*). Nunca como ahora podré servir mejor á tus fines. Llena bien tu bolsa; sigue al ejército en esta campaña y desfigúrate el rostro con una barba postiza... Es imposible que el amor de Desdémona á Otelo dure mucho tiempo. El principio de esa pasión ha sido demasiado borrascoso; el desenlace no ha de ser menos brusco. Además, los moros son muy inconstantes: el manjar que hoy les parece tan dulce como la miel y los dátiles, se les antoja mañana amargo como la tuera... Lleva oro, mucho oro... Te aseguro que lograrás tu deseo. Aborrezco al Moro por mil causas que ignoras. Unámonos para vengarnos: si logras que su esposa le sea infiel, experimentarás un placer y yo la mayor alegría de mi vida... Mañana hablaremos más despacio.

ROD. ¿Dónde nos veremos?

YAGO En mi casa.

ROD. No faltaré... Ahora voy á buscar el dinero necesario. (*Vase*).

ESCENA IX

YAGO, solo.

Lo que yo necesito es ocupar el puesto de Casío y vengarme de los ultrajes que el Moro me ha inferido. Pero, ¿cómo conseguirlo? (*Permanece breves instantes en actitud reflexiva*). ¡Ah! es muy sencillo: haré creer á Otelo que Casío trata con demasiada familiaridad á Desdémona. Casío es un buen mozo, capaz de enamorar á cien bellas: su reputación de hombre galante contribuirá al éxito de mis planes... Ahora, que aborte cuanto antes este engendro del infierno y de la noche, envenenando el alma de ese odioso africano.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena representa un puerto de la isla de Chipre.

ESCENA PRIMERA

MONTANO y DOS OFICIALES

O. 1.° La guerra ha concluído: una furiosa tempestad ha dispersado la flota turca, muchos de cuyos barcos han naufragado. Un bajel veneciano ha presenciado la hecatombe.

O. 2.° Sí, acaba de entrar en el puerto: á bordo de él ha llegado Miguel Casío, teniente de Otelo, que navega hacia aquí para encargarse del mando de la isla.

MON. Lo celebro: es un digno gobernador. (*Sale Casío*).

ESCENA II

Dichos y CASIO

CAS. Agradezco á los valientes soldados de Chipre el concepto que les merece mi general. (*Oyese un cañonazo. Vase uno de los oficiales, regresando en seguida*).

MON. ¿Quién ha llegado?

O. 1.° El alferez Yago.

CAS. Pronta y feliz ha sido su travesía. Parece que hasta la tempestad, la mar embravecida, los vientos desencadenados y los traidores escollos que se ocultan bajo las aguas para destrozar la nave incauta han olvidado su misión destructora para dar paso libre á la divina Desdémona.

MON. ¿Quién es esa Desdémona?

CAS. La esposa de nuestro general, que la confió para que la acompañase á su alferez Yago. Pero vedla aquí llega. (*Salen Desdémona, Emilia, Yago, Rodrigo y criados*).

ESCENA III

Dichos, DESDÉMONA, EMILIA, YAGO RODRIGO y criados

CAS. ¡Salud, noble señora! ¡Que las bendiciones del cielo te precedan, te sigan y te acompañen á todas partes!

DES. Gracias, valiente Casio. ¿Qué noticias me dais de mi señor?

CAS. Le aguardamos. Llegará de un momento á otro. (*Oyese otro cañonazo.*)

O. 1.° (*Vase, diciendo:*) Saludan á la plaza. Es otro buque amigo.

CAS. Amigo Yago, seais bien venido, y vos también, señora. (*Desdémona se dirige hacia el puerto. Casio la coge una mano y vase con ella.*)

YAGO (*Ap.*) ¡La coge de la mano! Muy bien. ¡Ahora la habla al oido! Perfectamente. Esa galantería bastará para perder al enamorado teniente. (*Suena una trompeta.*) (*En voz alta.*) ¡Ya está aquí el Moro! (*Salen Desdémona, Casio, Otelo y soldados.*)

ESCENA IV

DESDÉMONA, EMILIA, OTELO, CASIO, YAGO, RODRIGO, MONTANO, oficiales y soldados.

OTE. (*A su esposa.*) Estoy muy gozoso de que hayas llegado antes que yo... ¡Ah! si en este instante pudiese morir, ¡cuán feliz moriría!

DES. ¡Ojalá nuestro amor y nuestra dicha se aumenten con los años!

YAGO (*Ap.*) Están de perfecto acuerdo, pero yo me encargaré de quebrantar esa dulce armonía.

OTE. Amigos míos, vamos á Palacio. Alegrémonos, pues ya se acabó la guerra. (*A su alferez*). Buen Yago, dispón lo necesario para que desembarquen mi equipaje y pre-

senta en la ciudadela al teniente: es un esforzado militar que merece todas nuestras atenciones. *(A su esposa)*. Ven, Desdémona, serás dichosa en Chipre. (*Vánse Otelo, Desdémona, Emilia, Casio, los oficiales y soldados*).

ESCENA V

YAGO y RODRIGO

YAG. Ante todo, debo decirte que Desdémona se ha enamorado de Casio.

ROD. Eso es imposible.

YAG. No me interrumpas. En primer término ten presente cómo se enamoró del Moro, sólo por sus fanfarronadas y sus fantásticas heroicidades. Muy simple eres si crees que ha de seguir amándole. Cuando la posesión del ser querido refrena los ímpetus de la sangre, son menester para sustentar la pasión amorosa los encantos exteriores, la simpatía de la edad; en una palabra, la belleza de que carece el africano, á quien Desdémona odiará tan presto como su corazón delicado advierta el engaño que ha padecido. Su propia naturaleza la inclinará pronto á una nueva elección... (*Pausa*). Ahora bien, sentadas estas premisas ¿quién mejor que Casio ha de lograr esa fortuna?... El teniente es muy ladino, sin más conciencia que la precisa para revestirse de formas honradas y decentes que enmascaren sus vergonzosas pasiones. ¡Oh! es un bellaco endiablado; pero su juventud y su gallarda apostura han conquistado el corazón de Desdémona.

ROD. No puedo creer que ella sea infiel.

YAGO El vino que bebe es de uva: si hubiera sido virtuosa, no habría amado al Moro. ¡Ríete de su fidelidad! ¿No la has visto acariciar con su mano la diestra de Casio?... Eso no era más que el principio, el misterioso prefacio de la historia de sus amores... En fin, Rodrigo, haz caso de mi: para algo te he hecho venir de Venecia. Sigue puntualmente mis instrucciones. Vela esta noche: Casio no te conoce; yo andaré por alli; hostígale hasta enfurecerle, bien alborotando, ó censurando el modo como presta su servicio, ó con el pretexto que estimes más conveniente.

ROD. Y ¿después?

YAGO Casio es de un carácter violento, y seguramente querrá castigarte por su propia mano. Entonces se promoverá un escándalo que sólo podrá concluir sacrificando á Casio. Con esto habremos vencido el único obstáculo que se opone al logro de nuestros deseos.

ROD. Seguiré el consejo, si se presenta la ocasión oportuna.

YAGO No dudo que se presentará... Hasta luego. Te espero en la ciudadela.

ROD. Adiós. *(Vase.)*

YAGO Es indiscutible que Casio ama á Desdémona: ella también debe corresponderle. Aunque le odio á muerte, reconozco que Otelo tiene un corazón muy noble, y que será para Desdémona un esposo dulce y amoroso. Por otra parte, yo amo también á la hija de Brabancio, no por su belleza, sino á impulsos de mi venganza, porque sospecho que el bárbaro africano me ha suplantado en mis derechos conyugales. Esta idea me roe las entrañas como un letal veneno: no estaré satisfecho hasta que los dos quedemos iguales: mujer por mujer. Si esto no es posible, quiero inspirarle unos celos tan violentos que ofusquen su razón, hasta enloquecerle. Todo mi plan está aqui (*Señalando á su frente.*) aunque todavía es algo confuso: al ejecutarlo, irá adoptando su verdadera forma. (*Mutación.*)

Una sala del palacio de Otelo.

ESCENA VI

OTELO y CASIO.

OTE. Esta noche velareis para que no se altere el orden en la isla. Cuando el pueblo se divierte por la destrucción de la flota turca, es menester que nosotros le demos el ejemplo de una moderación decorosa. Así nadie se extralimitará.

CAS. Obedeceré puntualmente vuestras órdenes.

OTE. Mañana venid temprano: hemos de celebrar una conferencia reservada. (*Vase Otelo; poco después sale Yago.*)

ESCENA VII

CASIO y YAGO

CAS. Ya es hora de que giréis una visita al cuerpo de guardia.

YAGO Aún es pronto. Todavía no han dado las diez. El general nos ha despedido temprano porque quiere consagrarse á su esposa.

CAS. No me extraña: es un dechado de perfecciones.

YAGO ¡Qué ojos tan incitantes los suyos! Sus miradas provocan los deseos... Cuando habla, sus labios convidan al amor... Pero esto no nos importa... Venid á brindar por la felicidad del negro Otelo. Nos acompañarán dos camaradas.

CAS. Dispensadme, amigo Yago, esta noche no bebo. Además ya sabéis que no acostumbro á cometer excesos de ese género.

YAGO ¡Qué diantre!... Entre amigos... No bebáis más que una copa...

CAS. Bien, por no disgustaros, consiento en ello. Hasta luego. (*Vase.*)

ESCENA VIII

YAGO, sólo.

Si logro embriagarle, se volverá más pendenciero é irascible que un perro mimado. También el imbécil de Rodrigo, á quien el amor ha trastornado el seso, ha libado más de lo regular, en honor de Desdémona, y nos acompañará... Además cuento con tres oficiales de Chipre, altivos y bulliciosos, dispuestos siempre á batirse por un quítame allá esas pajas... Cuando todos estén embriagados, quiero que Casio diga algún disparate, que ofenda á los isleños... Si triunfa mi plan, el viento y la marea llevarán á feliz puerto mi barca. (*Mutación.*)

Una galería del Palacio de Otelo. (Sale Casio persiguiendo con la espada en la mano á Rodrigo que pide á gritos auxilio. En pos de ellos Yago, Montano y varios oficiales)

ESCENA IX

CASIO, RODRIGO, YAGO, MONTANO y oficiales.

CAS (*Con ira.*) ¡Miserable! ¡Villano!

MON. ¿Qué sucede, teniente?

CAS. Voy á apalear á este pillo, hasta no dejarle un hueso sano. (*Descarga sobre Rodrigò unos cuantos golpes*)

MON. Reportaos.

CAS. Dejadme, si no queréis que haga lo mismo con vos.

MON. Fuera de aquí, borracho.

CAS. (*Amenazándole.*) ¡Yo borracho!

YAGO (*Ap. á Rodrigo que se vá.*) ¡Tocad la campana de alarma! (*A Casio.*) Por favor, teniente, deteneos ó quedáis deshonrado para siempre. (*Casio y Montano se acuchillan. Comienza á tocar la campana. Sale Otelo.*)

ESCENA X

CASIO, YAGO, MONTANO, OTELO y oficiales.

OTE. ¿Qué sucede? ¡Por la honra del nombre cristiano, suspended esa bárbara querella! El que dé un sólo paso, tiemble por su vida, porque al primer movimiento le mato... ¿Quién ha promovido este tumulto?

YAGO No lo sabemos. Hace poco que Casio y Montano fraternizaban como dos buenos camaradas.

OTE. (*Al teniente.*) ¿Es posible que asi olvidéis vuestros deberes?

CAS. Perdonadme, no puedo hablar.

OTE. (*A Montano.*) Gozáis fama de hombre prudente y reservado, ¿cómo mancilláis de ese modo vuestra reputación, cambiando el concepto en que se os tiene, por el de un vulgar escandaloso?

MON. Señor, estoy herido gravemente. El alferez Yago os puede contar el motivo de la reyerta. No creo haber hecho nada malo, á menos que el amor propio sea un vicio y que el deber de la propia defensa, cuando se nos acomete con violencia, sea reputado como un crimen.

OTE. (*En tono colérico.*) Decidme al punto como ha empezado esta pendencia y quien la ha motivado... Es monstruoso que en una plaza fuerte, inquieta aún por el peligro que la amenazaba, se haya empeñado enmedio del silencio de la noche una lucha doméstica, precisamente en el mismo sitio destinado á velar por la seguridad de toda la isla.

YAGO Oíd lo que ha pasado: estábamos hablando Montano y yo, cuando entraron en el cuerpo de guardia un individuo que pedía auxilio y Casio que le seguía con la espada en la mano. Montano se interpuso para detener al teniente mientras que yo rogaba al desconocido que callara, para que sus voces no hicieran cundir la alarma, como así ha sucedido. De pronto oí ruido de armas y á Casio que, contra su costumbre, juraba en alta voz, atacando furiosamente á Montano... Es todo lo que sé: pero, señor, los hombres son hombres, y el más sensato está expuesto á cometer un desliz. En mi opinión, Casio debe haber recibido del villano que ha huído, uno de esos ultrajes que nadie sufre,..

OTE. Tu buen corazón y la amistad que profesas á Casio, te hacen indulgente para atenuar la gravedad de su falta, pero, desde ahora no estará más á mi servicio. Ordenad que curen á Montano, y después recorred la isla, procurando tranquilizar á los que se hayan alarmado por esta miserable querella. (*Vanse todos, excepto Yago y Casio.*)

ESCENA XI

YAGO y CASIO

YAGO ¿Estáis herido también?

CAS. Sí; pero mi herida no la cura nadie. He perdido para siempre mi honor...

YAGO No digáis tonterías; las heridas del cuerpo duelen más que las de la honra. La reputación es una quimera; se adquiere sin mérito, lo mismo que se pierde injustamente. Hay mil medios de recuperar el favor del general. Os ha depuesto en un momento de mal humor. Suplicadle y os repondrá en vuestro cargo.

CAS. No; merezco su desprecio... Además me contestaría que soy un borracho; y aunque yo tuviera más bocas que la hidra, semejante respuesta bastaría para taparlas todas... ¡Oh, cada copa que nos brinda la intemperancia, está maldita!

YAGO ¡Bah! El buen vino es un excelente compañero. No lo maldigáis... Ahora voy á deciros lo que debéis hacer... Referid á la esposa del general lo que os ha ocurrido y no dudéis que apoyará vuestra demanda; es tan buena y tan amable, que no se negará á ayudaros.

CAS. Me parece excelente el consejo, y mañana mismo lo pondré en práctica.

YAGO Adiós, teniente.

CAS. Buenas noches, amigo Yago. (*Vase.*)

ESCENA XII

YAGO, sólo.

La verdad es que Casio no tiene otro medio de recuperar el favor del Moro. Otelo ama tanto á Desdémona que hará y deshará todo lo que ella le proponga... Mientras que ese imbécil teniente suplique á la bella veneciana que repare sus infortunios y entretanto que ella abogue á favor suyo cerca de su esposo, yo destilaré en el corazón del noble africano el veneno de los celos, convenciéndole de que Desdémona se interesa por Casio á causa del amor que le profesa; así cuanto ella se esfuerce más en la empresa, tanto más perderá en la opinión de su marido... Pero, aquí viene Rodrigo. (*Sale Rodrigo.*)

ESCENA XIII

YAGO y RODRIGO

YAGO ¿Qué noticias traes?

ROD. Ninguna: sólo quiero decirte que he gastado ya casi todo el dinero que poseía, que esta noche me han apaleado soberanamente y que me parece que no sacaré de estas aventuras ningún provecho.

YAGO ¡Qué pobres diablos sois los hombres impacientes! ¿Se curan en un momento las heridas? Ya sabes que la base de nuestro plan es la astucia, no la magia, y la astucia depende del curso del tiempo. Hasta ahora no puedes quejarte de tu buena estrella. Casio te ha maltratado y tú, en cambio, has conseguido que el general le destituya de su cargo. Ten paciencia... Pero está amaneciendo y no con-

viene que nos vean juntos á estas horas. Retírate adonde indica tu boleta de alojamiento. Mañana hablaremos más despacio. Vete. No te detengas. (*Vase Rodrigo.*) El sistema más seguro es que mi mujer interceda por Casio con su señora y, entretanto llevarme al Moro, regresando con él en el mismo instante en que el teniente suplique á Desdémona. ¡Quiera el diablo que nada entorpezca mis proyectos!

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa una sala del palacio de Otelo.

ESCENA PRIMERA

CASIO y YAGO

CAS. Amigo Yago, me he permitido rogar á vuestra esposa que me proporcione una entrevista con la bella Desdémona.

YAGO Habeis hecho perfectamente. Por mi parte, procuraré distraer al Moro, para que podais hablar con más libertad de vuestros asuntos (*Vase.*)

CAS. Mil gracias por tanta amabilidad. (*Salen Desdémona y Emilia.*)

ESCENA II

DESDEMONA, EMILIA y CASIO

DES. Descuidad, que haré en vuestro obsequio cuanto pueda.

CAS. Generosa señora, cualquiera que sea mi suerte, siempre podreis disponer de mí como del último de vuestros criados.

DES. Sé que estimais á mi esposo que también os corresponde. Estad seguro de que su desvío hacia vos durará sólo mientras que lo exijan los deberes de su elevada posición. El general no olvidará los servicios que le habeis prestado. Así, pues, confiad en mí; os doy palabra de que sereis repuesto: y yo siempre cumplo con exceso mis promesas. (*Salen Otelo y Yago que permanecen en segundo término.*)

EMI. El general viene.

CAS. Señora, quedad con Dios.

DES ¿Por qué os vais? Esperad, y me oireis defender vuestra causa.

CAS. Permitid que me retire.

DES. Como gusteis. (*Vase Casio.*)

YAGO (*Ap.*) ¡Oh! eso no está bien.

OTE. ¿Qué dices?

YAGO Que no comprendo por qué Casio se retira, como un delincuente al veros llegar.

ESCENA III

DESDEMONA, OTELO, EMILIA y YAGO

DES. (*Viendo á su esposo.*) Acabo de hablar con un hombre que no puede sufrir los rigores de tu desgracia.

OTE. ¿A quién te refieres?

DES. A tu teniente Casio. Reconcíliate presto con él: es un hombre que te profesa verdadero afecto; además la falta que ha cometido es hija de la imprevisión, no de un carácter díscolo y vicioso. Mándale llamar.

OTE. ¿No acaba de separarse de tí?

DES. Si, pero se haya tan afligido, que no se ha atrevido á hablarte. Envía á buscarle.

OTE. Ahora no puede ser: otros asuntos más urgentes reclaman mi atención.

DES. ¿Pero será pronto?

OTE. Lo más pronto posible, ya que así lo deseas.

DES. Te aseguro que está arrepentido. Por otra parte su falta no merecería, según he oido, más que una simple reprensión, si no fuese porque las leyes de la guerra castigan severamente aún á los mejores oficiales... Recuerda también que Casio ha sido el confidente de nuestros amores y que muchas veces si yo hablaba de tí con cierto desdén, él salía al punto á tu defensa...

OTE. (*Interrumpiéndola bruscamente*) ¡Basta, basta! Que vuelva cuando quiera. No puedo negarte nada, pero ahora te suplico que me dejes á sólas un instante con Yago.

DES. Mi mayor placer es obedecerte. Ven, Emilia. (*Vanse las dos mujeres.*)

ESCENA IV

OTELO y YAGO

OTE. ¡Ah, mujer adorable, te amo con

toda mi alma! Cuando deje de amarte, el mundo volverá al caos.

YAGO Señor, cuando pretendíais á la noble Desdémona, ¿conocía Casio vuestros amores?

OTE. Sí, nada ignoraba; algunas veces era nuestro mediador.

YAGO Me extraña...

OTE. ¿Te extraña?... ¿Por qué?... ¿No es un joven honrado?

YAGO Según mis noticias...

OTE. ¿Qué piensas de él?

YAGO ¿Qué pienso de él?...

OTE. Pareces el eco de mis palabras, como si su espíritu ocultase algún mónstruo tan horrible que tiene miedo á manifestarse. Háblame con franqueza... Hace un momento, cuando Casio se despidió de mi mujer, te oí decir: *eso no está bien*... ¿Qué es lo que no está bien?... Después, al comunicarte que ha sido el confidente de mis amores, has exclamado: «¡Me extraña!» Al propio tiempo, te he visto fruncir el ceño, como si quisieras reprimir en tu cerebro algún siniestro pensamiento. ¿Qué significa todo esto?... Háblame claro: no me ocultes nada.

YAGO No dudo que Miguel Casio es honrado... los hombres deberían ser lo que parecen, ó mejor; ¡ojalá que los que no son lo que parecen, se vieran obligados á parecer lo que son!

OTE. Dices bien, los hombres deberían ser lo que parecen.

YAGO Por eso creo que Casio es honrado.

OTE. No me satisface esa argucia: tus palabras envuelven un doble sentido. Descúbreme lo que te inquieta: por muy horrible que sea tu pensamiento, busca para expresarlo una palabra todavía más horrible.

YAGO Señor, dispensadme de ese sacrificio. Suponed desde luego que mis pensamientos son bajos y falsos. No hay hombre de corazón tan puro que no conciba jamás alguna sospecha indigna.

OTE. Al ocultar tus pensamientos á un amigo, cuando crees que se le ofende, conspiras contra él.

YAGO Tengo la desgracia de pensar siempre lo peor: confieso que esa desconfianza inventa con frecuencia faltas que sólo existen en mi imaginación. No os conviene conocer lo que pienso; padecerían vuestro reposo, vuestra felicidad y sobre todo mi honor, mi probidad y mi prudencia.

OTE. No te comprendo.

YAGO La buena reputación es, en el hombre como en la mujer, el primero y más valioso tesoro del alma. Quien roba el dinero, arrebata una cosa fútil, algo que es algo y nada, que hoy me pertenece y mañana es de otros dueños; pero el que nos roba el buen nombre, nos despoja de un don que á él no le aprovecha, mientras que á nosotros nos deja pobres... (*Pausa.*) Guardáos, señor, de los celos: son el dragón de ojos verdes, que aborrece el alimento de que se nutre. El cielo protege al marido burlado que no ama á la esposa perjura: pero ¡cuán horrible tormento debe sufrir el que ama ardientemente y duda, el que adorando sospecha!

OTE. ¡Maldición!

YAGO El que vive contento en la pobreza es rico, pero la riqueza, por opulenta que sea, es un árido invierno para el que teme á cada paso caer en la indigencia. ¡Oh, Dios, libradme y librad á los seres que amo, del bárbaro suplicio de los celos!

OTE. ¡Cómo! ¿Qué significan esas reflexiones? ¿Piensas acaso que yo viviría muriendo de celos? No; cuando conciba una sospecha, adoptaré una resolución. Considérame como un irracional, si alguna vez sustento la actividad de mi alma con quimeras y ensueños que un soplo crea y destruye. No sentiré celos porque me digan que mi esposa es bella, que cautiva su trato social, que canta y baila admirablemente: tales dones suman un encanto maravilloso á la virtud de la mujer. Tampoco quiero fundamentar la más leve duda acerca de su fidelidad en mi falta de belleza varonil: ella me eligió espontánea y libremente .. Yago, necesito ver antes de dudar: tras de la duda, preciso pruebas; pero una vez demostrada la culpa, se acabó todo: los celos y el amor.

YAGO Celebro que sea así: desde ahora podré demostraros el afecto y la lealtad que os profeso. No os hablaré de pruebas, pero tened muy

presente este aviso: vigilad á vuestra esposa, observad su conducta con Casio... Conozco las costumbres de mi país; en Venecia las mujeres confiesan á Dios lo que no se atreven á decir á sus maridos: para ellas la virtud consiste no en huir del pecado, sino en saber ocultar... Desdémona engañó a su padre al unirse á vos: cuando parecía amaros menos, era más intenso su cariño.

OTE. Tienes razón.

YAGO No habría que extrañar, pues, que la que siendo tan joven, supo fingir de tal suerte... (*Transición brusca.*) Pero ¿qué digo? Mi conducta es indigna y os suplico que me perdoneis cuanto acabo de manifestaros en gracia á lo mucho que os quiero y respeto.

OTE. Nunca olvidaré tu afecto hacia mí.

YAGO Confío en que no dareis demasiada importancia á mis palabras, que no debeis considerar más que como meras sospechas. De otro modo producirían un efecto contrario al fin que me propongo... Casio es un buen amigo mío... y sentiría que vos...

OTE. Tampoco puedo dudar de la fidelidad de Desdémona...

YAGO ¡Ojalá conserveis por muchos años esa misma fe! .. Pero, perdonad, no me refiero precisamente en este momento á vuestra esposa, aunque sea de temer que, á impulsos de nuevas impresiones, os compare con los hombres de su país y acaso se arrepienta de haberos elegido por esposo.

OTE. Adiós, Yago. Si adviertes algo, avísame. Encarga á tu mujer que no pierda de vista á la mía. (*Alejándose.*) Este hombre sabe más de lo que dice.

YAGO (*Deteniéndole.*) Dejad correr el tiempo; aún cuando quizá convenga reponer á Casio en su empleo—porque lo desempeña muy bien—demorad hacerlo: así conocereis mejor sus intenciones y el grado en que vuestra esposa se interesa por él. Mientras tanto, dejad á Desdémona completamente libre. (*Vase.*)

OTE. Descuida: extremaré mi prudencia. (*Vase.*)

ESCENA V

OTELO, sólo.

Yago es un hombre honrado, cuyo claro talento le permite penetrar todos los móviles de las acciones humanas... Si descubro en Desdémona la menor deslealtad la rechazaré de mi lado.... Si me engaña, está perdida; mi único consuelo será aborrecerla. ¡Maldito matrimonio! ¡Poseemos el cuerpo de esas débiles criaturas, pero no sus almas! Preferiría mil veces ser un reptil hediondo, antes que ver á otro hombre dueño del más leve sentimiento de Desdémona. Sin embargo, los hombres grandes son en ésto menos privilegiados que el vulgo. Es un destino inevitable como la muerte. (*Salen Desdémona y Emilia.*)

ESCENA VI

OTELO, DESDEMONA y EMILIA

DES. Te esperan los oficiales á quienes has convidado á comer.

OTE. (*En tono casi imperceptible.*) Ya no me acordaba.

DES. ¡Qué voz tan débil! ¿Estás enfermo?

OTE. Siento aquí, en la frente, un fuerte dolor.

DES. Es que trabajas mucho; pero se te pasará pronto. Deja que te ponga este pañuelo.

OTE. (*Apartando de la frente el pañuelo, que caerá al suelo.*) Es muy pequeño. No te preocupe mi indisposición. Vamos á nuestras habitaciones. (*Vase con Desdémona.*)

ESCENA VII

EMILIA, sóla.

(*Recogiendo el pañuelo.*) Celebro encontrar este pañuelo: es el primer recuerdo que Otelo regaló á Desdémona. Mi marido me ha dicho muchas veces que me apoderara de él, pero mi señora lo llevaba siempre consigo. Haré que borden otro igual y daré á Yago éste. (*Sale Yago.*)

ESCENA VIII

EMILIA y YAGO.

EMI. (*Enseñando á su marido el pañue-

lo de Desdémona.) Aquí tienes el pañuelo que me has pedido con tanta insistencia. Desdémona lo ha dejado caer y me he apresurado á cogerlo.

YAGO Dámelo.

EMI. ¿Qué te propones hacer con él?

YAGO *(Apoderándose del pañuelo.)* ¿Qué te importa? Lo necesito. ¡Ea, vete! *(Vase Emilia.)* Este pañuelo se perderá en la cámara de Casio. De mi cuenta corre que el Moro lo encuentre. Nimiedades como esta son para un celoso pruebas tan irrecusables como los textos de la Sagrada Escritura. Esto puede surtir el efecto que persigo. Ya mi veneno ha comenzado á trastornar la razón del valiente africano... ¡Ah! las sospechas son verdaderos tóxicos: al principio desagradan al gusto, y cuando comienzan á inficcionar la sangre, abrasan como el corrosivo más enérgico. *(Sale Otelo.)*

ESCENA IX

YAGO y OTELO

OTE. ¡Qué dichoso era cuando ignoraba su infidelidad! Habría sido feliz no sabiendo nada. ¡Se acabó para mí todo el esplendor de una vida gloriosa!... ¡La carrera de Otelo ha terminado!...

YAGO Me entristece oiros.

OTE. *(Asiéndole violentamente por el cuello.)* ¡Miserable, pruébame claramente la deslealtad de mi esposa, ó de lo contrario prepárate á morir!

YAGO ¡Noble señor!... Dios os ilumine... ¿De qué le sirve á uno ser probo y leal? No olvidaré la lección: en lo sucesivo, no pondré en nadie mi cariño, ya que la amistad infiere semejantes ultrajes. *(Avanza algunos pasos para marcharse.)*

OTE. Detente: deberías ser más honrado.

YAGO No, debería ser más cuerdo. La honradez no es más que una torpeza que hace perder el tiempo y el trabajo.

OTE. Tan pronto creo que Desdémona es virtuosa, como que no lo es... ¡Oh, necesito una prueba de que me engaña!... Su imagen que me parecía pura como la de Diana, se me antoja ahora tan negra y deforme como mi propio rostro.

YAGO La pasión os devora y lamento haber intervenido en este asunto. Sin embargo, os daré la prueba que exigís. *(Pausa.)* Anoche estaba ya acostado en el pabellón de oficiales de la ciudadela, junto á Casio. Una indisposición me impedía dormir. Algunos hombres son tan débiles que declaran en sueños, todo aquello que les preocupa despiertos. Así oí decir á Casio, mientras que dormía: «Dulce Desdémona, seamos prudentes: ocultemos nuestro amor...»

OTE. *(Interrumpiendo.)* ¡Eso es monstruoso!

YAGO Reflexionad que no es más que un sueño.

OTE. Sí, pero un sueño que revela un hecho consumado: un sueño que es una prueba irrecusable...

YAGO No: aún no tenemos una completa seguridad... Quizá Desdémona sea inocente... *(Pausa.)* ¿No tenía vuestra mujer un pañuelo bordado figurando flores y frutas?

OTE. Sí, se lo regalé al comienzo de nuestras relaciones.

YAGO Ignoraba esa circunstancia. Pues bien, hoy he visto ese pañuelo en poder de Casio.

OTE. ¡Ah! ¿por qué ese miserable no tiene cien vidas que perder? Una sóla es muy poco para mi venganza. Veo que tus sospechas son ciertas; desde ahora, lanzo al viento mi loco amor... ¡Surge, negra venganza, abandona tu morada sombría: á mi amor ha sustituído el odio más terrible!... ¡Oh, Yago, necesito sangre, mucha sangre!...

YAGO Os obedeceré siempre para demostraros mi afecto.

OTE. Quiero probar al punto tu adhesión: dentro de tres días no debe vivir el teniente Casio.

YAGO Sereis servido. Morirá mi amigo, pero al menos que ella viva.

OTE. ¡Ella! ¡Maldita sea la infame hipócrita! Sígueme, vamos á maquinar un medio de acabar pronto con esa infernal mujer *(Vanse. Poco después salen Desdémona y Emilia.)*

ESCENA X

DESDEMONA y EMILIA

DES. *(Muy inquieta.)* ¿Dónde habré perdido ese pañuelo?... Preferiría que

se me hubiese extraviado una bolsa repleta de oro. Si el corazón de Otelo fuera ruín y propenso á las malas pasiones, esa pérdida bastaría para sugerirle las ideas más depravadas.

EMI. ¿Es acaso celoso?

DES. No, creo que el ardiente sol que alumbró su cuna, ha depurado de todos esos humores su sangre.

EMI. Aquí viene. (*Sale Otelo.*)

ESCENA XI

Dichas y OTELO

DES. No le dejaré mientras que no llame á Casio. (*A su esposo.*) ¿Estás mejor?

OTE. Sí, Desdémona. (*Ap.* ¡Cuanto me cuesta fingir!)

DES. He enviado á buscar á Casio.

OTE. ¡Cómo me molesta este importuno catarro! ¡Dame tu pañuelo!

DES. (*Entrega á Otelo su pañuelo.*) ¡Ten!

OTE. Este no es el que te regalé.

DES. No lo llevo en este momento.

OTE. Lo siento mucho. Una maga egipcia que sabia leer en los corazones, se lo dió á mi madre, diciéndola que mientras que lo guardase, mi padre viviría encadenado á su amor: pero que si lo perdía ó lo daba, su corazón se inclinaría á nuevos amores. Mi madre me lo entregó al morir, encargándome que se lo regalase á la mujer, con quien uniese mi destino. Asi, consérvalo, porque si lo perdieres ó lo dieras, sería una desgracia irreparable.

DES. ¡Ojalá no lo hubiera visto nunca!

OTE. ¿Por qué? ¿Lo has perdido?...

DES. No, pero aunque fuese así...

OTE. ¡Ah!... Tráeme ese pañuelo, porque abrigo siniestros presentimientos.

DES. Hablemos de Casio.

OTE. ¡El pañuelo!...

DES. Es un hombre que te profesa verdadero cariño y que te ha servido siempre lealmente.

OTE. ¡El pañuelo!...

DES. En verdad tienes un carácter muy extraño.

OTE. ¡Apártate de mí! (*Vase.*)

ESCENA XII

DESDEMONA Y EMILIA

EMI. ¿No está celoso el señor?

DES. Nunca le he visto así. No hay duda que ese pañuelo tiene algún encanto. Siento haberlo perdido.

EMI. No bastan un año ni dos para conocer á un hombre. Todos son violentos y brutales, y nosotras su débil presa... Aquí vienen Casio y mi marido.

ESCENA XIII

Dichas, YAGO y CASIO

YAGO (*Señalando á Desdémona.*) No hay otro medio .. Vedla, no la dejeis de la mano.

DES. Salud, buen Casio. ¿Qué hay de nuevo?

CAS. Señora, siempre la misma pretensión. Vengo á suplicaros una vez más que intercedais cerca del general para que me reponga en mi puesto.

DES. Casio, mis ruegos no se conforman en estos momentos con el ánimo de mi esposo, Otelo no es ya Otelo: si su rostro hubiera cambiado tanto como su carácter no le conocería. He intercedido por vos, cuanto ha sido posible El ardor de mis ruegos ha excitado contra mí la cólera de mi marido.

YAGO Preciso es que tenga un motivo muy grave para encolerizarse.. Voy á buscarle... (*Vase.*)

ESCENA XIV

DESDEMONA, EMILIA y CASIO

DES. Sin duda ha turbado la serenidad de su espíritu alguna noticia importante de Venecia, ó alguna conspiración que haya descubierto en Chipre.

EMI. ¡Quiera Dios que acerteis; que se trate sólo de un negocio de Estado y no de algunos celos contra vos!

DES. ¡Oh, no le he dado motivos para sentir celos!

EMI. Los celosos no se satisfacen con esa respuesta. No han menester ningún motivo: son celosos porque lo son. Los celos son unos monstruos que nacen y se alimentan de si mismos.

DES. ¡Dios libre á Otelo de semejantes furias!... Ahora voy á buscarle.. (*A Casio.*) Entre tanto aguardad

proseguiré abogando por vos, y haré todo lo posible para asegurar vuestra suerte.

CAS. Os doy las más rendidas gracias. (*Vanse Desdémona y Emilia. Sale Blanca.*)

ESCENA XV

CASIO y BLANCA

CAS. ¿Cómo estás, mi bella Blanca? Ahora pensaba ir á tu casa.

BLA. Y yo á la tuya, Casio, ¿Es posible que haya transcurrido una semana sin verme?

CAS. Perdóname. Durante ese tiempo me he visto agobiado de disgustos.. (*Entregándola el pañuelo de Desdémona.*) ¿Sabrás imitar ese bordado?

BLA. ¿Quien te ha dado este pañuelo? ¡Ah, sin duda es regalo de alguna nueva amiga! Ahora comprendo la ausencia que tanto he sentido.

CAS. ¡Estás celosa! Te juro, Blanca, que no me lo ha regalado ninguna mujer... Lo encontré en mi cuarto y, gustándome el dibujo, he pensado hacerlo copiar, por si alguien me reclama la prenda... Ahora déjame. Aguardo á mi general.

BLA. ¿Nos veremos esta noche?

CAS. Procuraré complacerte.

BLA. Está bien. Acataré tu voluntad.

TELÓN

ACTO CUARTO

La misma decoración que en el acto anterior.

ESCENA PRIMERA

OTELO y YAGO

YAGO Señor, os repito que si yo diese á mi mujer un pañuelo, sería suyo, y siendo suyo, creo que podría regalárselo á otro hombre.

OTE. También es suyo tu honor: ¿podría disponer de él?

YAGO El honor es algo imperceptible. Muchas mujeres que parecen tenerlo, carecen de él: En mi opinión, nada significa que Casio posea vuestro pañuelo... Algo más grave es que os ultraje en público...

OTE. ¡Cómo!... ¿Ha dicho algo?

YAGO Sí... pero estad seguro de que lo negará todo.

OTE. Y ¿qué ha dicho?

YAGO ¡Pardiez!... no lo sé... que había conseguido...

OTE. ¡El pañuelo!... ¡esa declaración!... ¡Que muera!... No puede la naturaleza humana quedar oscurecida bajo el velo de una pasión semejante, sin que haya alguna influencia secreta... ¡Ah!... ¡el pañuelo! (*Cae desvanecido sobre un sillón*).

YAGO He aquí cómo se dejan engañar los idiotas credulos y cómo pierde su reputación la dama más virtuosa, más inocente y casta. (*Sale Casio*).

ESCENA II

OTELO, YAGO y CASIO

CAS. (*Viendo á Otelo desvanecido*). ¿Qué sucede?

YAGO El general ha sido acometido de un síncope. Ayer sufrió otro semejante.

CAS. Frotadle las sienes.

YAGO No; se le pasa enseguida. Mirad, ya empieza á volver en sí. Retiraos; pero volved luego: necesito hablaros con urgencia. (*Vase Casio*).

ESCENA III

OTELO y YAGO

YAGO Quisiera veros soportar con valor vuestra desgracia. Pensad que todo hombre casado está expuesto á tirar del mismo carro que vos. Hay en el mundo muchos que duermen en un lecho impuro y jurarían que les pertenece á ellos solos. Estais en mejor caso: no es lo mismo acariciar á una esposa infiel, creyéndola intachable, y ser, por consiguiente, la irrisión del infierno, el juguete del demonio. No: prefiero saberlo todo, porque sabiendo lo que soy, sé también lo que es ella.

OTE. Dices bien.

YAGO Ahora ocultáos detrás de esa puerta, (*Señalando á una lateral*) donde podeis oir sin ser visto, y escuchad con paciencia lo que voy á hablar con Casio. Le haré repetir

toda la historia de sus amores con Desdémona. Observad sus gestos, y sobre todo, dominad vuestro furor.

OTE. Te prometo que seré un modelo de paciencia; pero también te juro que seré un modelo de crueldad.

YAGO Cada cosa en su tiempo. Retiraos pronto. (*Ocúltase Otelo.*)(*Ap.* Ahora preguntaré á Casio por Blanca, que se ha enamorado locamente del teniente. Es la suerte de las cortesanas: engañan á mil, y son engañadas por uno. Casio no puede oir hablar de ella sin lanzar una carcajada. En cuanto se ría, Otelo enloquecerá: sus celos insensatos le harán interpretar á su manera las sonrisas y los gestos del infeliz Casio. (*Sale éste.*)

ESCENA IV

YAGO y CASIO

YAGO Salud, teniente, ¿cómo os va?

CAS. Tanto peor, cuanto que me dais un título, del que estoy desposeído.

YAGO (*En voz alta.*) Insistid con Desdémona y lograréis vuestro objeto. (*Bajo.*) Ya lo habríais conseguido, si dependiera de Blanca.

CAS. ¡Ah, sí, pobre muchacha!

OTE. (*Ap.* Ya se ríe.)

YAGO Nunca he visto una mujer más enamorada de un hombre, que ella lo está de vos.

CAS. Sí, creo que me ama.

OTE. (*Ap.* ¡Qué poco se defiende y como ríe!)

YAGO Dice que pensais casaros con ella.

CAS. (*Riendo.*) ¡Já, já, já!

OTE. (*Ap.* El que triunfa, debe reir.)

YAGO Os lo juro, se dice que quereis hacerla vuestra esposa.

OTE. (*Ap.* Yago me hace señas: sin duda va á comenzar la historia.)

CAS. Es una fábula que ella ha inventado. Nunca la he prometido semejante disparate. Me sigue á todas partes: hace pocos momentos estuvo aquí. Días atrás, hablaba en la playa con varios venecianos, cuando esa pécora llegó, abrazándome de esta manera... (*Imitando el gesto y la acción de Blanca.*) Después me obligó á acompañarla á su casa...

OTE. (*Ap.* Ahora le cuenta cómo la infiel le llevó á su aposento. ¡Ah, veo tu odioso rostro, pero no los perros que han de devorarlo!)

YAGO No podeis desprenderos de esa mujer... ¿Dónde nos reuniremos est[a] noche?

CAS. En casa de Blanca; me propong[o] cenar con ella...

YAGO Entonces nos veremos allí.

CAS. Hasta luego. (*Vase. Sale de su escondite Otelo*)

ESCENA V

YAGO y OTELO

YAGO ¿Habeis visto como le regocijab[a] su crimen?

OTE. (*En tono colérico.*) ¡Qué caigan [á] pedazos sus carnes?... Mi corazó[n] se ha vuelto de piedra: cuand[o] golpeo en él me hiero la mano... Procúrame un veneno. Esta no[-] che morirá la infiel. No quier[o] cambiar con ella una sola palabra[:] su hermosura y sus encantos que[-] brantarían mi resolución.

YAGO No la envenenéis. Es preferibl[e] ahogarla en el mismo lecho cuy[a] pureza ha mancillado... En cuan[-] to á Casio, corre de mi cuenta.

OTE. Perfectamente. (*Oyese el sonid[o] de una trompeta*). ¿Qué signific[a] ese toque?

YAGO Seguramente anuncia alguna no[-] ticia de Venecia; pues se acerc[a] hacia aquí Ludovico, secretari[o] del dux: le acompaña vuestra es[-] posa. (*Salen Desdémona y Ludovico*).

ESCENA VI

Dichos, DESDÉMONA y LUDOVICO

LUD. Salud, valiente general.

OTE. Bien venido, noble señor.

LUD. (*Entregando á Otelo un pliego.*) Os saludan el dux y los senado[-] res de Venecia.

OTE. (*Después de leer el pliego*). ¡Mal[-] dición!

DES. ¿Por qué se enfurece?

LUD. Quizá porque en el pliego se le or[-] dena que parta á Venecia, entre[-] gando á Casio el mando de Chipre.

DES. Lo celebro en el alma.

OTE. ¿Qué dices?... Yo también me ale[-] gro de verte loca. (*Levanta la mano para maltratarla*).

LUD. Señor, eso es demasiado. Aunqu[e] lo jure, nadie creerá en Veneci[a] que os he visto proceder de es[e] modo. Reparad vuestra falta: est[á] llorando.

OTE. Sí el llanto de una mujer pudiera fecundar la tierra, cada lágrima haría nacer un cocodrilo. (*A su esposa*). Alejaos de aquí.

DES. (*Yéndose*). Me voy, ya que mi presencia os enoja.

OTE. Estoy dispuesto á obedecer esta orden, iré á Venecia; Casio, me reemplazará. Vos, señor, cenaréis conmigo esta noche... Sed bienvenido. (*Vase*).

ESCENA VII

YAGO y LUDOVICO

LUD. Nunca creí que el valiente Otelo llegara á maltratar á su esposa.

YAGO Reconozco que esa conducta no es correcta, pero ¡quiera Dios que su cólera no pase á mayores desahogos!

LUD. ¿Será acaso esa orden la que ha trastornado hasta ese extremo su juicio?

YAGO No lo sé. Observadle: sus acciones os le darán á conocer. Seguidle: vereis lo que hace. (*Vanse. Mutación.*)

Otra sala del palacio.

ESCENA VIII

EMILIA y OTELO

EMI. Señor, apostaría mi alma á que vuestra esposa es honrada. Si algún miserable os ha inspirado esas sospechas, caiga sobre él la maldición de la serpiente. Si la noble Desdémona no es virtuosa, casta y fiel, ningún hombre es feliz, y la mujer más santa es tan impura como la misma calumnia.

OTE. Id y decidla que la espero. (*Vase Emilia.*) Bien la defiende: es una taimada que sabe guardar el depósito y la llave de infames secretos. (*Sale Desdémona.*)

ESCENA IX

DESDEMONA y OTELO

OTE. Acércate. Mírame fijamente... Quiero leer en tus ojos.

DES. No me explico tu lenguaje. Oigo la voz de una furia en tus palabras, pero no las comprendo.

OTE. (*Iracundo.*) ¡Cómo! ¿quién eres tú?

DES. Tu esposa, Otelo, tu leal y fiel esposa.

OTE. Júralo y condénate. No sea que los mismos demonios, contemplándote tan parecida á los ángeles, no se atrevan á precipitarte en los antros infernales. ¡Jura que eres inocente!

DES. Dios sabe que lo soy.

OTE. Dios sabe que eres falsa como Satanás... ¡Desdémona, huye, apártate de mí!

DES. Confío en que me crees virtuosa y pura.

OTE. Sí, tan pura como los insectos que se reproducen al nacer. ¡Oh, flor engañosa! ¿Por qué eres tan amablemente bella? ¿por qué exhalabas un perfume tan dulce que embriagaba los sentidos? ¡Quisiera que nunca hubieses nacido!

DES. ¿Qué crimen he cometido sin saberlo?

OTE. Y ¿me lo preguntas? Si lo dijese, mis mejillas arderían hasta convertir en cenizas toda mi vergüenza... El relato de tu culpa asustaría al cielo, oscurecería la luna: antes que oirlo, el céfiro lascivo que acaricia cuanto encuentra, se ocultaría en las entrañas de la tierra.

DES. Me acusas injustamente.

OTE. En ese caso, te pido perdón: creía que eras la astuta cortesana de Venecia, que se casó con Otelo. (*Vase.*)

DES. ¿Qué he hecho para que él pueda concebir la más leve sospecha de úna falta tan negra? (*Sale Emilia*). Adorna esta noche mi lecho con las colgaduras de mi boda. Y dí á tu marido que venga. (*Vase Emilia volviendo enseguida con Yago.*)

ESCENA X

DESDÉMONA, EMILIA y YAGO

YAGO Señora, ¿qué me ordenais?

DES. (*Llorando.*) ¡Cuán desventurada soy!

YAGO No lloreis... no lloreis... ¿Qué ha sucedido?

EMI. El Moro la ha llamado cortesana, injuriándola cruelmente.

YAGO ¿Quién ha podido inducirle á proceder asi? ¿De qué le proviene esa locura?

EMI. Algún villano rastrero, algún astuto adulador ha engañado vil-

mente al general, imaginando tamaña impostura... ¡Maldito sea quien tal hizo! Sin duda un confidente de la misma calaña fué quien te dijo que yo había tenido relaciones con el Moro.

YAGO ¡Calla! Eres una loca. No hay un hombre capaz de tanta bajeza.

DES. Mi buen Yago ¿cómo recobraré el cariño de mi esposo! ¡Oh... decidle que le amo más que nunca! La injusticia puede destruir la felicidad de toda mi vida, pero no amenguará mi amor...

YAGO Tranquilizaos... Los negocios de Estado han agriado su carácter: por eso se ha irritado con vos... Os aseguro que no tiene otro motivo. (*Suena una trompeta.*) Ese toque anuncia que ha llegado al Palacio el embajador de Venecia, á quien habeis invitado á cenar. Señora, no lloreis más y unios á vuestro esposo para festejar al noble Ludovico. (*Vanse Desdémona y Emilia. Sale Rodrigo.*)

ESCENA XI

YAGO y RODRIGO

YAGO ¿Qué hay de bueno?

ROD. Que no te portas bien conmigo y que estoy resuelto á no esperar más, porque veo que lo que prometes no está acorde con lo que cumples.

YAGO No comprendo por qué me acusas de esa suerte.

ROD. Porque creo que me has engañado miserablemente. Ya he disipado mi fortuna. La mitad de las joyas que te entregué para que se las regalaras á Desdémona, bastarían para seducir á una Vestal y yo ni siquiera he logrado hablar con la esposa del Moro... Pero te prevengo que has de acordarte de mí...

YAGO Si mañana no consigues tus deseos, mátame, é inventa el mayor suplicio para mi cuerpo. (*Pausa.*) Hoy ha llegado un embajador ordenando de parte del dux á Otelo que resigne el mando de esta isla en Casio y parta inmediatamente para Venecia.

ROD. Entonces Desdémona se marchará con él.

YAGO No, va sólo. Por eso lo urgente ahora es impedir que Casio reemplace á Otelo. Para ello no hay más que un medio: asesinarle.

ROD. ¿Acaso me reservas esa comisión?

YAGO Sí tienes valor para llevarla á cabo... El teniente cena esta noche con una cortesana, en cuya casa estoy citado con él. Procuraré que se entretenga hasta la media noche. Le aguardas y, negocio concluído. Ya te demostraré con razones más sólidas la necesidad de que muera Casio... Ahora, separémonos.

ROD. Adios. (*Mutación*)

Otra sala del palacio.

ESCENA XII

DESDEMONA, EMILIA y OTELO

OTE. Retírate á descansar. No tardaré en reunirme contigo. (*Vase.*)

EMI. Parece que está más tranquilo. He puesto en el lecho las colgaduras que mandásteis.

DES. Si muero, antes que tú, cuida de que una de ellas sea mi sudario... (*Pausa.*) ¿Crees que haya mujeres capaces de engañar á sus maridos?

EMI. Seguramente, pero pienso que los hombres tienen la culpa de las faltas de sus esposas. A decir verdad, si ellos descuidan el cumplimiento de sus deberes, ó se entregan al furor de unos celos injustos, si nos oprimen ó nos maltratan, deben saber que no somos unas palomas sin hiel; que, por buenas y fieles que seamos, también podemos vengarnos. Es menester que sepan que las mujeres tenemos alma y sentidos como ellos y que distinguimos lo dulce de lo amargo... ¡Ah! También nosotras somos frágiles y víctimas de las pasiones Ellos son los culpables de que les faltemos por sus extravíos y su mal comportamiento con nosotras

DES. Adiós, Emilia. Quiera el cielo que nunca me autorice el ejemplo del mal para ser mala, sino que me sirva de lección para ser mejor.

TELÓN

ACTO QUINTO

La escena representa una calle de Chipre.

ESCENA PRIMERA

YAGO y RODRIGO

YAGO Ocúltate detrás de esa pared... Saldrá dentro de poco... Desnuda tu espada... hiérele en el corazón... en ello va nuestra ruina ó nuestra fortuna... No vaciles... Estaré muy cerca de aquí.

ROD. No te alejes mucho, pues podría fallar el golpe.

YAGO Valor y serenidad.

ROD. Aunque no me siento inclinado á semejantes felonías, morirá...

YAGO (*Ap.*) No me importa que Casio le mate, que sea él quien dé muerte al teniente; ó que ambos se asesinen mutuamente; yo siempre salgo ganando. Si Rodrigo vive, me obligará á restituirle el oro y los diamantes que me ha entregado para que se los diese á Desdémona... Esto es imposible... Por otra parte, si Casio sale bien del lance, puede recobrar, tarde ó temprano, su posición... En tal caso, estoy perdido, porque el Moro pudiera descubrir mi trama... ¡Es preciso que muera!... Pero ahí viene... (*Sale Casio.*)

ESCENA II

RODRIGO, CASIO y YAGO

ROD. Conozco perfectamente sus pasos... (*Avanza hiriendo á Casio*) ¡Miserable, muere!

CAS. (*Acometiendo á Rodrigo.*) Esa estocada habría sido mortal, si mi armadura no fuera tan bien templada.

ROD. (*Herido por Casio, á quien á su vez hiere en una pierna Yago, que huye.*) ¡Ay, soy muerto!

CAS. ¡Favor!... ¡socorro!... ¡al asesino!.. (*Cae en tierra, al mismo tiempo aparece en el fondo de la escena Otelo*)

ESCENA III

CASIO, RODRIGO y OTELO

OTE. ¡Es la voz de Casio! Yago ha cumplido su palabra.

CAS. ¡Favor! ¡Socorro!...

OTE. ¡Oh, mi buen alférez, tú me enseñas lo que debo hacer! ¡Infiel Desdémona, tu amante está herido de muerte!... ¡También tu fin se acerca á pasos agigantados!... ¡Desleal mujer, salgan fuera de mi alma tus encantos; tus seductores ojos no guían ya mi memoria... ¡Sí, regarás con tu sangre el lecho que has infamado con tu adulterio. (*Vase. Salen Ludovico, Graciano y Yago.*)

ESCENA IV

CASIO, RODRIGO, LUDOVICO, GRACIANO y YAGO

CAS. (*Gritando.*) ¡Socorro! ¡Al asesino!

GRA. Aquí ha sucedido alguna desgracia. ¿Ois esos gritos?

ROD. ¡Auxilio!

LUD. Esos gemidos salen de puntos diferentes.

YAGO ¿Quién pide socorro?

CAS. ¡Auxiliadme en nombre del cielo!

GRA. Me parece que es el teniente de Otelo.

YAGO (*Reconociendo á Casio.*) ¿Quién es el infame que os ha agredido?

CAS ¡Son dos! uno de ellos debe estar herido, no lejos de aquí.

YAGO ¡Ah, traidores, malvados! (*A Ludovico y Graciano.*) ¡Ayudadme á socorrerle!...

ROD. ¡Favor! ¡aquí!

CAS. Ese es uno de los miserables.

YAGO (*Apuñalando á Rodrigo.*) ¡Infame!... ¡asesino!...

ROD. ¡Perro cruel!...

YAGO (*A Casio.*) ¿Cómo os sentís?

CAS. Tengo la pierna dividida en dos partes.

YAGO Quiera el cielo que os engañeis... (*Sale Blanca*)

ESCENA V

Dichos y BLANCA

BLA. (*Reconoce á Casio y le abraza llorando.*) ¡Casio, Casio mío!...

YAGO Señores, sospecho que esta mujer no es ajena al crimen que se ha cometido aquí... Ahora veamos quién es el otro herido... ¡Ah, es mi amigo, mi querido compatriota Rodrigo! (*A Casio.*) ¿Habéis reñido los dos?

CAS. No, no conozco á ese hombre.

YAGO (*A Blanca.*) Estais muy pálida. Vuestra mirada es incierta. Si os turbais, lo sabremos todo antes de tiempo... Señores, ved cómo habla el crimen, aun cuando enmudezca la lengua. Ahora voy á comunicar al general lo que ha sucedido. (*Ap.*) Ha llegado el momento de afianzar mi fortuna ó de perderme para siempre. (*Mutación.*)

El dormitorio de Otelo, alumbrado por una lámpara.--Desdémona descansa en el lecho.

ESCENA VI

OTELO, contemplando á su esposa dormida.

¡Alma mía, este es el motivo de mi conducta! No puedo publicarla ante vosotras, castas estrellas... Sin embargo, no quiero verter tu sangre, ni lacerar esa piel más blanca que el alabastro... No obstante, es preciso que muera para que no haga traición á otros hombres... Apaguemos estas dos luces; primero la de la lámpara, y después la antocha de su vida... ¡Oh, Desdémona, quiero matarte, para amarte después! (*Besándola.*) Nunca fué más fatal un beso tan dulce. (*Llorando.*) No puedo contener mis lágrimas... Mi cólera es como la del cielo, que hiere los objetos de su amor. (*Despiértase Desdémona.*)

DES. ¿Eres tú, esposo mío?

OTE. Sí. ¿Has orado esta noche?

DES. Como siempre.

OTE. Si recuerdas alguna falta por la cual no hayas pedido gracia la cielo, implora al punto su perdón... No quisiera matarte, sin que estuvieses dispuesta á morir.

DES. ¡Matarme!... ¡Qué Dios se apiade de mi alma!...

OTE. Piensa en tus crímenes.

DES. El único que he cometido, es el gran amor que te profeso.

OTE. No te muevas... ¿Has dado á Casio aquel pañuelo que yo tanto estimaba?

DES. Por mi alma, que eso no es cierto,

OTE. No jures: considera que estás en tu lecho de muerte... Confiesa tu delito, porque todos los juramentos no podrán destruir ni quebrantar la firme convicción que me devora.

DES. Nunca te he ofendido. Jamás he amado á Casio: sólo le he tratado con esa amistad que nadie reprueba.

OTE. No mientas: he visto en sus manos mi propio pañuelo... Al oir tu voz, mi corazón se torna de piedra. Creía que iba á consumar un sacrificio y me obligas á cometer un asesinato... Repito que he visto en su poder el pañuelo.

DES. Lo habrá encontrado.

OTE. Además afirma que ha disfrutado de tus favores. Pero ya ha expiado su crimen... muriendo á manos del buen Yago... Tu debes seguir su suerte...

DES. Mátame mañana... Déjame vivir esta noche...

OTE. ¡Silencio, mujer infame! No hay treguas... Vas á morir...

DES. Permíteme encomendar á Dios mi alma...

OTE. Ya es tarde. (*La ahoga.*)

DES. ¡Dios mío!...

EMI. (*Desde fuera.*) ¡Señor! ¡Señor!...

OTE. ¿Quién llama?... ¡Aún no ha muerto!... Soy cruel, pero no quiero verla luchar con la agonía... (*La hiere con un puñal.*)

EMI. (*Como antes.*) ¡Señor! ¡Señor!

OTE. ¡Es Emilia!... Sin duda viene á hablarme de la muerte de Casio... ¿Habré hecho mucho ruido?... ¡Ah, ya ha muerto!... ¿La dejaré entrar?... Querrá hablar con mi esposa.. ¡Qué digo! ¡mi esposa!... ya no tengo esposa... ¡Hora terrible! Creo que la luna y el sol debían eclipsarse ahora, y la tierra espantada abrirse ante esta aberración de la Naturaleza. (*Corre las cortinas del lecho. Después abre una de las puertas, por donde entra Emilia.*)

ESCENA VII

EMILIA y OTELO

EMI. Señor, acaba de cometerse un asesinato.

OTE. ¡Funesta influencia de la Luna! Acercándose á la tierra, torna insensatos á los hombres.

EMI. Casio ha asesinado á un veneciano llamado Rodrigo.

OTE. ¡Rodrigo asesinado, y Casio muerto!...

MI. No, Casio vive aún.

TE. ¡La muerte ha errado la elección de sus víctimas! La venganza que es tan dulce, se vuelve amarga.

ES. (*Desde el lecho.*) ¡Muero injustamente!... ¡injustamente!

MI. ¡Oh, esa es la voz de mi señora!

ES. (*Como antes.*) ¡Muero inocente!

MI. ¿Quién ha cometido este crimen?

ES. Nadie, yo misma... Adiós, haz que mi esposo se acuerde siempre de mí. (*Muere.*)

TE. Alma falsa, ya está ardiendo en los infiernos. ¡Yo la he dado muerte!...

MI. ¡Ella era un ángel y vos un demonio!

TE. ¡Fué primero inconsecuente, y después adúltera!

MI. ¡La calumniais!

TE. ¡Era pérfida y voluble como la onda!

MI. ¡Vos sois un hombre desenfrenado!... ¿Qué mujer podría igualar á vuestra esposa en pureza y fidelidad?

TE. Casio la poseyó... Preguntádselo á vuestro marido. Yago lo sabe todo.

MI. ¿Mi marido ha dicho que Desdémona faltó á sus deberes de esposa?

TE. Sí, con Casio.

MI. Si tal ha afirmado, que su pérfido corazón se caiga á pedazos... Ha mentido sin conciencia... Desdémona os amaba ciega y lealmente.

TE. Callad.

MI. No, no callaré. Publicaré á voces vuestro crimen... ¡Favor! ¡socorro! ¡El Moro ha asesinado á su esposa! (*Salen Montano, Graciano y Yago.*)

ESCENA VIII

ichos, MONTANO, GRACIANO y YAGO

MI. (*A Yago.*) Muy honrosa debe haber sido tu conducta, cuando te achacan los crímenes de los asesinos... El general asegura que le has dicho que su esposa le era infiel...

AGO Es cierto: le dije lo que pensaba. El mismo ha visto y oido que no le he engañado.

MI. Es una vil calumnia, una horrible falsedad.

AGO Reprime la lengua.

MI. No, debo hablar y hablaré: mi señora acaba de ser asesinada en su lecho... Y tú tienes la culpa de ese crimen...

MON. ¡Horrible delito!

GRA. ¡Infeliz Desdémona! me alegro de que el noble Brabancio haya muerto. Tu matrimonio con ese bárbaro africano acortó sus días... Si viviera, este espectáculo le sumiria en la desesperación...

OTE. Desdémona me fué infiel con Casio. Yago lo ha confesado también; yo mismo he visto en las manos del infame el pañuelo que regalé á mi esposa...

EMI. No fué ella quien entregó á Casio esa prenda: yo la encontré y se la dí á mi marido...

YAGO (*Atravesándola de una estocada; después huye.*) ¡Mientes! (*Emilia cae en tierra.*)

OTE. ¡Ah, infame traidor!... ¡Detenedle!...

GRA. Sostened á esa mujer. Me parece que el miserable Yago la ha herido de muerte. (*Salen Ludovico, Casio, en una camilla, y Yago preso entre dos oficiales.*)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, LUDOVICO, CASIO, YAGO y oficiales.

LUD. ¿Dónde está ese malvado?

OTE. Aquí teneis al que fué Otelo. (*Mira á Yago, á quien hiere con su puñal.*) ¡Si eres un demonio, no podré matarte!...

YAGO (*Cayendo en tierra.*) Estoy herido, pero no muerto.

OTE. No me pesa. Deseo que vivas, porque presumo que la muerte es una felicidad.

LUD. (*A Otelo.*) ¿Cómo os habeis dejado seducir por un malvado villano? ¡Ah, no sé cómo llamaros!

OTE. Llamadme, si os place, honrado asesino: mi crimen ha sido en defensa de mi honra, no á impulsos del odio.

LUD. Este miserable ha confesado en parte su delito. ¿Es cierto que, de acuerdo con él, concertásteis la muerte de Casio?

OTE. Sí.

CAS. Jamás os dí motivos para semejante infamia.

OTE. Lo creo y os pido perdón.

LUD. Esta carta encontradá en los bolsillos de Rodrigo explica claramente el inicuo plan tramado por

Yago... Rodrigo debía matar á Casio.

OTE. ¡Malvado! (*A Casio*) ¿Cómo ha ido á parar á vuestras manos un pañuelo de mi esposa?

CAS. Lo encontré en mi habitación. Yago ha declarado que lo dejó intencionadamente para realizar un proyecto que ha salido á medida de su deseo.

OTE. ¡Insensato! ¡insensato de mí!

CAS. Las últimas palabras pronunciadas por el infeliz Rodrigo han sido estas: «Yago fué quien me ordenó asesinar á Casio, y él mismo me ha dado la muerte.»

LUD. (*A Otelo.*) Desde este momento se encarga del mando de Chipre el teniente Casio. Vos, permaneceréis preso hasta que el Senado de Venecia juzgue vuestro crimen... En cuanto á ese mónstruo llamado Yago, será sometido al tormento más cruel, para que viva siempre padeciendo.

OTE. Os ruego, que cuando escribais al Senado dándole cuenta de este suceso, hableis de mí, tal como soy, sin atenuar mis faltas; pero también sin agravarlas maliciosamente. Direis que soy un hombre qu no amaba con prudencia, pero s con todo su corazón: que opus tenaz resistencia á los celos, per que una vez celoso, lo fué hast el exceso, y cuya mano, como l del vil Judio, destruyó una perl más preciosa que todas las riqüezas de su tribu... Direis tambié que mis ojos, poco acostumbrado a llorar, vierten ahora más lágrimas que goma preciosa brota d los árboles de la Arabia... Habla de mí en estos términos, añadiendo que, hubo un dia que, en Alepo, un turco orgulloso se atrevi á maltratar á un veneciano é insultar á la República: y que entonces cogí al infiel por el cuello hiriéndole de esta forma. (*Se asesta un tajo en el cuello.*)

GRA. ¡Qué sangrienta catástrofe!

OTE. (*Descorriendo las cortinas del lecho donde yace Desdémona y contemplándola.*) ¡Te besé antes d asesinarte! ¡Matándome no pued menos de morir sobre tus labios (*Cae sobre el cadáver de su esposa*)

TELÓN



LA ULTIMA MODA

AÑO XXII

Es la revista más completa, más útil y en relación con lo que cuesta y reparte, la más económica de cuantas necesitan las señoras y señoritas para vestirse y adornarse con elegancia, practicar las labores femeniles y conocer las novedades que se introducen en el mobiliario y adorno de las casas.

PUBLICA TRES EDICIONES

Edición Completa.—Las suscriptoras de esta Edición reciben al año, además de los 52 números del periódico, 52 pliegos de novela, 52 figurines acuarela, 52 patrones cortados, 52 hojas del periódico *Labores Femeniles*, 12 números del periódico *El Tocador*, con los modelos de peinados de última novedad, 12 números del periódico *Vida Práctica*, con numerosos grabados, entre los que figuran muebles y utensilios de casas y perspectivas de habitaciones, 4 preciosos cromos de labores femeniles y 2 grandes panoramas de trajes en colores, uno en Primavera y otro en Otoño. En total: 52 números y 238 suplementos.

Primera Edición.—Reciben al año las suscriptoras de esta edición: 52 números del periódico, 52 pliegos de novela, 26 figurines acuarela, 12 patrones cortados, 52 números del periódico *Labores Femeniles*, 12 del periódico *El Tocador*, y 12 del periódico *Vida Práctica*: 52 números y 166 suplementos.

Segunda Edición.—Reciben al año las suscriptoras de esta edición: 52 números del periódico, 52 pliegos de novela, 52 patrones cortados, 52 números del periódico *Labores Femeniles*, 12 del periódico *El Tocador* y otros 12 del periódico *Vida Práctica*: 52 números y 180 suplementos.

PRECIOS EN LA PENÍNSULA

PAGO ADELANTADO

EDICIÓN COMPLETA	Pesetas.	EDICIONES 1.ª ó 2.ª	Pesetas.
Trimestre	5	*Trimestre*	3
Semestre	10	*Semestre*	6
Año	20	*Año*	12
Número corriente	0,40	*Número corriente*	0,25
Atrasado	0,80	*Atrasado*	0,50

En América fijan el precio los señores Corresponsales.

Se remiten gratis números de muestra á quien los pida á la Casa editorial de La Ultima Moda, Velázquez, 42, hotel.—Se admiten suscripciones anuales al Tocador sólo: 2 pesetas; á Vida práctica, 2 pesetas al año.

LA COMEDIA SEMANAL

Cada obra, con el retrato del autor ó un dibujo representando una de las escenas de la misma, cuesta en la Península

25 CÉNTIMOS

En Portugal 60 reis y en Europa, Unión Postal, 50 céntimos de franco.—En América fijan el precio los señores Corresponsales y Libreros.

Todas las semanas se publica y reparte un cuaderno como el presente con una, dos ó tres obras cómicas ó dramáticas; y puede adquirirse en las Librerías, Centros de suscripciones, Kioscos y puestos de periódicos ó remitiendo al Administrador de la Casa editorial de La Ultima Moda el importe de un trimestre (13 cuadernos) en libranzas del Giro Mútuo, sobres monederos, letras ó cheques. También puede enviarse el importe en sellos de Correos que no excedan de una peseta ó en libranzas de la Prensa certificando la carta. La correspondencia, los valores, y particularmente las libranzas de la Prensa, se consignarán al Administrador de La Ultima Moda, Velázquez, 42, hotel.

He aquí la lista de las obras publicadas:

El barbero de Sevilla, de Beaumarchais.—**Treinta años ó la vida de un jugador**, de Ducange y Dinaux.—**La hija en casa y la madre en las máscaras**, de Martínez de la Rosa.—**Los amantes de Teruel**, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—**El convidado de piedra**, drama de D. Antonio Zamora, en el que está inspirado el célebre *Don Juan Tenorio*, de D. José Zorrilla.—**El sí de las niñas**, de D. Leandro Fernández de Moratín.—**La redención de un alma**, de Octavio Feuillet.—**El Médico á palos**, de Moliere, y **El casero burlado**, sainete de D. Ramón de la Cruz.—**El cuarto mandamiento**, de D. Julio Nombela.—**La vida es sueño**, de D. Pedro Calderón de la Barca.—**El martirio de una mujer**, de Emilio Girardín.—**Cuatro mujeres en una casa**, de Paolo Giacometti.—**Don Francisco de Quevedo**, de D. Eulogio Florentino Sanz.—**Fuente Ovejuna**, de Lope de Vega.—**El mercader de Venecia**, de Shakespeare.—**El Abate L'Epée**, de Bouilly.—**Reinar después de morir**, de Vélez de Guevara.—**La pastora de los Alpes**, de Desnoyer y D'Ennery.—**El delincuente honrado**, de Jovellanos.—**García del Castañar**, de Rojas.—**Arte de conspirar**, de Scribe.—**La prudencia en la mujer**, de Tirso de Molina.—**Lucrecia Borgia**, de Víctor Hugo.—**Marino Faliero**, de Lord Byron.—**La mascota**, de Audrán.—**Guillermo Tell**, de Schiller.—**La muerte civil**, de Giacometti.—**El lindo Don Diego**, de Moreto.—**El campanero de San Pablo**, de Bouchardy.—**La verdad sospechosa**, de Ruiz de Alarcón.—**La comedia nueva**, de Moratín, é **Inesilla la de Pinto**, de Don Ramón de la Cruz.—**La huérfana de Ginebra**, de Víctor Ducange.—**Otelo ó el Moro de Venecia**, de Shakespeare.—**Casa de muñeca**, de Ibsen.